

Del ser al reír

Jorge Eduardo Urueña López

A propósito de la conmemoración de los cincuenta años de la emisión del primer capítulo de *El Chavo del 8*, se hace necesario preguntarnos por el lugar que han tenido nuestros sentidos y las maneras de representar la realidad en medio de la cultura popular.

Mijaíl Bajtín, en su bella obra titulada *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*,¹ se propuso la empresa de comprender cómo la risa hace parte de la configuración del sentido de las acciones humanas, especialmente cuando esta procede de ese intersticio ontológico radicado entre la capacidad perceptible de quien deja asomar un impulso nervioso, con el que medio se levanta el labio superior, y el simbolismo histriónico del acto de reír, con el que se logra distinguir el lugar del otro en una comunidad estructurada bajo principios y valores.

Reír es mucho más que un acto impetuoso. Reír viene del alma. Es un impulso basado en actos de reflejo que hacen posible una libertad con sentido. Surgen, así, preguntas que interpelan la existencia: ¿a qué huele la risa? ¿a qué velocidad se mueve?

La risa, en el realismo grotesco como en las fiestas populares, se comprende en clave de movimiento, de acción. En ella tienen origen las exageraciones y grandilocuencias sobre lo correcto y lo coherente al sistema de valores en el que se inserta. La risa es un escenario de posibilidades para el cuestionamiento del *status quo* de quien habita un lugar y se ríe de sí mismo. Lo enorme, lo grotesco, lo fútil y lo ligero se colocan como antítesis de las tendencias moralizadoras y políticamente “correctas” de sociedades conservadoras, sustancialmente de aquellas donde la risa es un insulto, un agravio.

¿Por qué molesta la risa (y el hálito que de ella emana) a quien figura con poder en un espacio y tiempo determinados? ¿Qué afrenta sostiene la risa cuando su manifiesto no es más que la vida misma?

Miremos algunos ejemplos donde la risa abre la caja de pandora de las estructuras “políticamente correctas” y donde, al parecer, hay mucho en descomposición:

DOÑA FLORINDA A SU HIJO QUICO: ¿Cuándo has visto una persona decente en medio de rateros?

EL CHAVO DEL 8: Pues a Jesús lo crucificaron en medio de dos rateros.²

Aquí la risa tensiona. La risa es el hálito fresco de respuesta a una sociedad en descomposición, que huele mal. La risa tiene olor a calle, a hollín, a mugre, y no cae bien para aquellos que insisten en ver lo correcto donde no está. A muchos nos les gusta el aroma de la risa porque les interpela, les descoloca y desacomoda en medio de la acción misma. La risa perfuma la existencia misma, le da color a la impavidez con la que el miedo y la acción violenta transgreden al ser. Se convierte en la respuesta creativa, de creación, ante aquello que atestigua el miedo y el temor como principios reguladores de nuestra existencia. Miremos este ejemplo que nos enseña Inti de la Hoz, quien se rio por muchos años de aquellos que pensaban en un futuro sin paz:

INTI DE LA HOZ: Oye, oye, humilde labriego. Oye, ¿tú como ves el futuro?

CAMPESINO JARAMILLO: el futuro es como el fin del mundo, ya pasó y no nos dimos cuenta.



Fotofija, Chavo del 8, Chespirito, Televisa

INTI DE LA HOZ: Filósofo montaraz, piensa en el próximo milenio, en la posmodernidad, el *tomorrow*, quiero decir... en el mañana.

CAMPESINO JARAMILLO: Vea, yo lo único que le puedo decir señorita es que uno vive al día, y que ya tocamos fondo. ¿Abajo? Abajo no están más sino las antípodas, y hasta allá está muy berraco desplazarse, ¿o no?

INTI DE LA HOZ: Oye, víctima del desarrollo no sostenible, ¿tú estás de acuerdo con lo que dice Rude? Quiero decir, Rodi Homes dice que ustedes [campesinos] podrán progresar si los ricos somos cada vez más ricos.

CAMPESINO JARAMILLO: Eso está más forzado que el desplazamiento. Vea señorita, uno trabaja la tierrita y se la quitan. ¿Por qué? Porque la guerra es un negocio y

mientras *haiga* guerra, uno no progresa... ¡Nooooo!³

Inti nos regala una risa con un hálito ligero, suave, superficial, pero su ligereza es tan pesada para quienes se identifican con ella y con sus principios, que termina por ser la condena del manifestante. La risa se ve ligera, airosa, gallarda, un tanto gaseosa, pero es tan pesada que ha llevado a más de uno a desquiciarse en medio del camino, a acabar con la vida de quien ríe con argumento, para no sentir más el peso de la misma. Pareciera que el reír se asume como un eslabón para comprender la cultura en la que vivimos, pues no se entiende el llanto, sin la risa que lo origina.

Ese impulso desorbitante que se produce antes de la carcajada, ese cosquilleo que exalta la nariz y hace salivar la boca comienza a evocar cada palabra, cada acción con la que se interpe-

la a quien sigue una vida plagada por el *deber ser* en clave de *saber comportarse, saber existir*.

Uno pensaría que la contrapartida semiótica de la risa es la tristeza, pero no es así. La antítesis de la risa es la duda, el miedo, la intimidación. Reírse en medio de aquello que nos atemoriza termina por convertirse en una salida saludable y progresiva con la cual se renueva el alma, se vive de otra manera. Vale reírse de uno mismo, del otro, pues así aceptamos que somos parte de una cultura que se mira al espejo todos los días y que, por más que quisiera, no siempre va a lucir elegante.

No hay nada más popular en la cultura que la risa misma, pues es lo que le da sabor a este paso por el mundo, a este ratico de existencia. Mientras la risa es picante, es salada y jugosa, el miedo y la intimidación promueven la disgeusia social. Es más fácil subvertir la capacidad sensible de una comunidad —convirtiéndola en escenarios indolentes, indiferentes y con pocas posibilidades de informarse bien— que disfrutar de una risa calada con tintes salados y ácidos de denuncia contra la impunidad que vivimos en la actualidad.

Ahora bien, la risa se mueve en diferentes planos y secuencias. La risa, al ser un hálito fresco y, a la vez, pesado, se entiende como el signo que teje una conversación, entre el primer plano y el plano medio, con el que se logra sopesar y tramitar los argumentos que sostienen una crítica, una sátira, el humor en sí mismo.

La risa implica el *cutting on action* [corte sobre la acción] de las emociones que se producen en quien observa con un propósito, en quien mira buscando la carcajada. Este corte hace posible que las acciones se escindan mientras están en proceso de realización, posibilitando así que el pulso que produce el impulso desorbitante de la *pre-carcajada* se vea como la expectativa misma del acto. Es así como la risa puede ser tan ligera, cuadro a cuadro, pero su



Fotofija, Chavo del 8, Chespirito, Televisa

peso va ligado al argumento con el que destila la sátira y la ironía que aguijonan y despiertan al espectador.

Para terminar esta breve reflexión, nos falta reírnos más en medio de las tragedias que conlleva la vida misma. Vivir bajo la penumbra y el dolor es la dicha de quien busca victimizar, de quien se asume como “gente de bien”. Hay que reírnos, burlarnos con estilo, para no repetir la misma historia. Basta con dejar salir el impulso para que la risa sea la materialidad de esa manifestación de inconformismo permanente que se resiste a seguir en la misma, con los mismos.

Bibliografía de referencia

- 1 Bajtín, M. (1987). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto El contexto de François Rabalais*. Alianza Universidad.
- 2 Gómez Bolaños, R. (24 de marzo de 1982). Un ratero en la vecindad. *El chavo del 8*. Canal de las Estrellas.
- 3 Morales, A. (10 de mayo de 1995) La tierra prometida (Inti de la Hoz entrevista campesino) (Temporada 1, Capítulo 117). *¡Quac! El Noticero*. Inravisión.

Jorge Eduardo Uruña López. Doctor en Artes, profesor de las Facultades de Educación y Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Actualmente adelanta su pasantía postdoctoral en el área de la Epistemología de la Investigación Creación desde la dimensión de los Estudios de la Sensibilidad Multimodal.